

¿POR QUÉ ES NATURAL QUE LOS FILÓSOFOS SE VAYAN AL CAMPO?

LA RUTA NATURAL  
(palíndromo)

- 1 -

Mí título es una provocación. ¿Acaso no sabe este idiota que la filosofía es cosa de la ciudad, que nació en la ciudad como ejercicio de hombres libres, y por ello ciudadanos (*polites*)?

Pero se sabe de mi talante y de mis ganas de inquietar: ahora quiero que los pobres filósofos, mal pagados y televidentes, tomen sus lampas y vayan a sembrar. Les haría bien, no sólo a los filósofos sino a las gentes de la ciudad en general.

(Pensemos en la cantidad de energía humana que se desperdicia en los gimnasios; podría usarse para sembrar árboles.)

Pero el campo o la playa, montañas o arenales, no sólo recibirían con alegría el trabajo humano directo y, por descontado, inteligente, pensado. Grandes acequias, irrigaciones enteras se podrían realizar. Obras de arte también, como aquella que propuso Arturo Ruiz del Pozo para acabar con la desocupación en el Perú: tallar los Andes.

Tallarlos llevando agua, diría yo. El punto a remarcar es el siguiente: es saludable el trabajo en el campo y el burgués debe practicarlo aunque sea en su jardín. Pero la fuerza laboral podría organizarse y tener una significación importante, ahora que sabemos que tenemos que sembrar árboles.

Entonces ya tenemos una primera respuesta a nuestra pregunta: ¿Por qué es natural que los filósofos se vayan al campo? La primera respuesta reza: porque es saludable para el buen estado físico de los filósofos y sin duda positivo para la salud del planeta.

Muchas consideraciones habría que hacer: no sólo el lado físico de la salud. Presumiblemente el campo tiene sedantes así como la ciudad tiene excitantes. El paisaje, el silencio, el viento, el río, el cielo, y sobre todo la luz, que le da vida a todo. Nuestra alma descansa en el campo; dormimos bien, por eso.

¿Por qué hay salud en el campo? Sí, también porque hay buen pisco (pienso en Ica). Pero lo principal, el motivo por el que el campo es

salutífero es porque ahí nace la vida, cada instante el árbol es otro, como el río de Heráclito. El árbol está en perpetuo crecimiento, miramos en acto a la fuerza de la vida, lo único real, el alma del mundo, la Pachamama.

Nos hace bien estar cerca de cosas reales, de la tierra, el agua, la luna, las aves... Nos hace mejores, nos aleja de envidias y complejos y de los camiones cargados de mentiras que se saludan al cruzarse por la Panamericana.

El alma y el mundo se encuentran en su espacio natural. El alma nuestra y el alma del mundo: de ese encuentro depende nuestra salud y la del universo. El paisaje nos convoca, de él vienen las primeras voces, ha dicho Oliver Whalley.

Voces poderosas nos convocan hoy desde extraños libros de auto ayuda. Pienso en tres autores que conozco y aprecio: Eckhart Tolle, Osho y Neil Donald Walsh. En todos ellos se trata de recobrar la experiencia de la corriente que une al hombre con el mundo.

No es sólo el campo deleitoso ni la mar procelosa con su mito, es simplemente la naturaleza, la que brota, la *fusis*, el nacer, “el imperar que nace”, dice Heidegger.

“La que nace es la rosa verdadera”, dice Martín Adán.

En la observación del crecer de los árboles, en la admiración por el cielo, en las crueldades del viento, en los terremotos... Ahí escuchó el hombre antiguo los primeros nombres, y los filósofos, extralimitándose, hicieron del lenguaje de la tribu un instrumento de la inteligencia.

Sí, los filósofos fueron hombres de ciudad. Recordemos que no de nuestras ciudades, sino de agrupaciones más pequeñas, aunque sabemos que eran monumentales, sobre todo Atenas, la escuela de la Hélade.

Si el panadero no sabe que la lengua que habla se fraguó en arduos combates filosóficos, de todas maneras es así. La cultura no es una cosa para los cultos sino algo que se va haciendo sobre todo en el lenguaje y que levanta pueblos hacia una obra grande.

Larga es la lista de los grandes de la literatura en cuyos hombros estoy encaramado: Quevedo, Garcilaso, Cervantes... El Siglo de Oro está lleno del ensalzamiento de la *ruralia*, como dice el Dr. Marco Aurelio Denegri.

Pero quizás el canto por excelencia al campo y a la vida del campo sea la célebre “Vida Retirada”, de Fray Luis de León.

¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

El poema es por demás conocido por ustedes y no quiero sino llamar la atención a él. Igualmente conmovedora es la décima que escribe Fray Luis al salir de la cárcel. Ahí dice:

Dichoso el humilde estado  
del sabio que se retira  
de aqueste mundo malvado,  
y con pobre mesa y casa  
en el campo deleitoso  
con solo Dios se compasa  
y a solas su vida pasa  
ni envidiado ni envidioso.

Mi argumentación no es sino la repetición de una vieja tesis: la superioridad, con respecto al ser, del campo sobre la ciudad. Incluso para pensar políticamente, es en el campo, en la naturaleza, donde encontramos las fuerzas espirituales para pensar en la justicia y el bien común. En el Perú recordamos a don Manuel González Prada dedicado a su chacra en Mala.

La vieja tesis de Platón sostiene que la naturaleza es obra de arte divino. Dios o los dioses —ellos, los que no son filósofos porque ya son sabios—, se manifiestan a quien bien mira, al que todavía puede mirar, en la naturaleza.

Pero en Occidente el más venerable de los testimonios es el de Heráclito: “La sabiduría es actuar de acuerdo a la naturaleza, escuchándola”.

La escucha de la naturaleza es lo que define al filósofo. El que busca el ser se acerca naturalmente a lo natural. El filósofo busca la paz del campo como el lugar por excelencia de la meditación y el pensamiento.

Y había paz en los campos  
Y en la mágica luz del cielo santo

Dicen unos versos inspirados de José María Eguren. No sólo la filosofía sino todo lo creativo requiere de una vuelta al campo, a la playa, al monte, al río. “El campo es santo, la ciudad no tanto”.

¿Por qué es natural que los filósofos se vayan al campo? Hemos desplegado los argumentos y no harán que nadie se vaya al campo.

Muchos aducirán: “Pero, claro, él si puede”. Respondo: cultivar cinco hectáreas en cualquier parte del Perú cuesta menos que una casa de playa. O sea que las posibilidades están, si hubiera voluntad (cojones).

Pero no. Nuestro mayor problema político y económico es una ciudad de once millones donde nadie quiere sembrar ni una papa. Al perder nuestra relación con la tierra nos desnaturalizamos, perdemos el alma.

Porque la tierra es este planeta que gira magníficamente en el espacio y que sostiene no sólo nuestros estómagos sino nuestras almas.

- 2 -

Dice Aristóteles que la felicidad, el cumplimiento de la naturaleza misma del hombre, se encuentra en la inteligencia en acto; en el ejercicio de la punta fina del alma dirán los musulmanes. Plotino dice haber alcanzado este estado, que nunca fue una estadía sino un pasar, dice Plotino haberlo alcanzado 6 veces en su vida. Pareciera que la gloria de ser quien somos es efímera; ahí mismo regresamos a las fantasías, a los “deberes deberosos” a los complejos onerosos, a la envidia, al chisme. Volvemos a la caverna.

Los altos instantes nos alumbran y recuerdan. A veces quedan latiendo en unas palabras, y están presentes en toda la tradición literaria.

La poesía es esos momentos exaltados, entusiasmos, endiosamientos, enamoramientos, donde somos tomados por la luz y el paisaje.

Yo no sé si los académicos aceptan que la poesía y la filosofía están radicalmente emparentadas. Sí puedo decir que emparentaron en mi alma. La poesía me sorprendió navegando sobre el Ucayali el año 1982. Pero donde me sentí poeta (“Filósofo” insistió mi papá) fue en el valle bajo de Ica, en Samaca (desde 1995).

Yo fugué de Lima. Terminé siendo agricultor, aunque mi hijo dice que soy jardinero. Pero la filosofía y las lecturas y la preocupación por la educación en el Perú no acabaron. Creo que aquí he pensado mejor y he sido receptivo a instantes de poesía, pequeños descubrimientos, pocas palabras en las que alucino que queda latiendo el corazón del mundo. Pudiera ser mucha vanidad. Es la memoria de las gentes la que tendrá la última palabra. Creo, más aún que la poesía tiene la mayor importancia política. Levantar los corazones hacia el bien, la verdad y la belleza. La poesía no admite lo ordinario; sólo lo extraordinario. La palabra fracasa

“Lo real no se le coge: se le sigue  
y para eso son el sueño y la palabra”  
dice Marín Adán

Si fracasa el lenguaje, y el lenguaje siempre fracasa, queda en él el movimiento del espíritu que se renueva de generación en generación y que señala a esos instantes de atención en los que algo muy sutil, “como un animalito herido” (Watanabe) se nos manifiesta y queda en movimiento en las palabras.

Esta ponencia termina siendo muy personal, pero creo que es algo a lo que mi amigo Miguel Guisti sabía que se arriesgaba.

Caminando por Samaca, donde vivo desde hace 15 años se han juntado pequeños poemitas. Les presento para terminar, unos cuantos:

En las mañanas de abril  
salgo al campo  
a oler olores de mi infancia

\*

Camino mirando y mirando:  
veo tanto,  
cuánto no veo

\*

Es verdad  
todo es cuento  
como el volar de las mariposas  
en primavera.

\*

Cuando descubrí  
que no soy sino  
una pulga vanidosa  
en el océano de la existencia,  
adquirí gran confianza  
en mí mismo.

\*

Pongo la manguera  
al pie de un viejo árbol:  
riego el valle.

\*

Gotitas  
es lo que hace la diferencia  
entre la vida y la muerte  
me dijo un arbolito  
bajo la luz plateada de la luna.

\*

Abril.  
la luz.

Alberto Benavides Ganoza  
Samaca, abril 2010